

En la muerte de don Alfonso Rubio y Rubio

Hasta pronto, Alfonso

Por **SANTIAGO ROEL GARCÍA**

Te deslizabas por la vida con suavidad y por donde pasabas ibas sembrando el bien.

Tu inteligencia era universal y luminosa.

Junto con Luis Astey fuiste uno de los pioneros de las cátedras humanísticas del Instituto Tecnológico de Monterrey y has dejado profunda huella entre nosotros.

Nunca ofendiste a nadie y siempre tenías palabras de aliento y de afecto para quienes te tratábamos o escuchábamos tus cátedras.

Recuerdo que la primera vez que fui al Viejo Continente regresé con profundos deseos de ahondar mis conocimientos de la historia y la cultura europeas. Inmediatamente pensé que tú serías el maestro para orientar a un grupo de amigos que reconociésemos, con humildad, la enseñanza socrática de que nada sabemos.

En consecuencia, te propusimos que nos dieras una cátedra que abarcara el polifacético conocimiento que tenías: pintura, escultura, arquitectura, historia, literatura y filosofías de la civilización y culturas mediterráneas.

Aceptaste y recibimos tu sabiduría transmitida con profundidad, sensibilidad y sencillez.

Hace apenas un mes que, recor-



Don Alfonso Rubio y Rubio (sentado) en un "jueves social" del taller escultórico de Adolfo Laubner (de pie, centro).

dando los buenos tiempos en los que fui tu discípulo y reintegrado ya a mis lares regiomontanos, localicé tu teléfono para saludarte. Quería continuar contigo –"decíamos ayer"– la interrumpida cátedra que hacía muchos años había recibido de ti. Y, sobre todo, romper contigo esta soledad sin descanso que se vive ahora.

Acogiste nuevamente mi petición y me brindaste, como siempre, tu inteligencia y tu afecto.

Con el "hoy" y con el "mañana", no pudimos vernos.

Amanecí con la triste noticia de que

te habías ido para lo eterno.

Fui a despedirme de ti a la funeraria –Dios mío, "qué solos se quedan los muertos"– arrepentido de no haber acelerado mi visita y escuchado, otra vez y en vida, ésa tu voz de profeta antiguo.

No sabía, ¡cómo poder saberlo!, que morirías tan pronto.

Pero en nosotros, quienes podemos llamarnos tus alumnos –cualquiera que sea nuestra edad– quedará siempre el recuerdo de tus enseñanzas, tu modesto estilo y tu bondad.

Pude ver con dolor y ya inmóvil, tu hierática expresión, tus delgadas y expresivas manos e imaginé así, a través del cristal del féretro, tu última enseñanza en la que me transmitiste –poeta al fin– un poema de Rilke:

*"Cuando alguien llora,
sin razón llora en el mundo,
llora por mí."*

*"Cuando alguien muere,
sin razón muere en el mundo,
me mira a mí".*

Nosotros lloramos por ti, Alfonso, y te miramos con profundo dolor. Hasta pronto, maestro. Por ALLÁ nos veremos.